

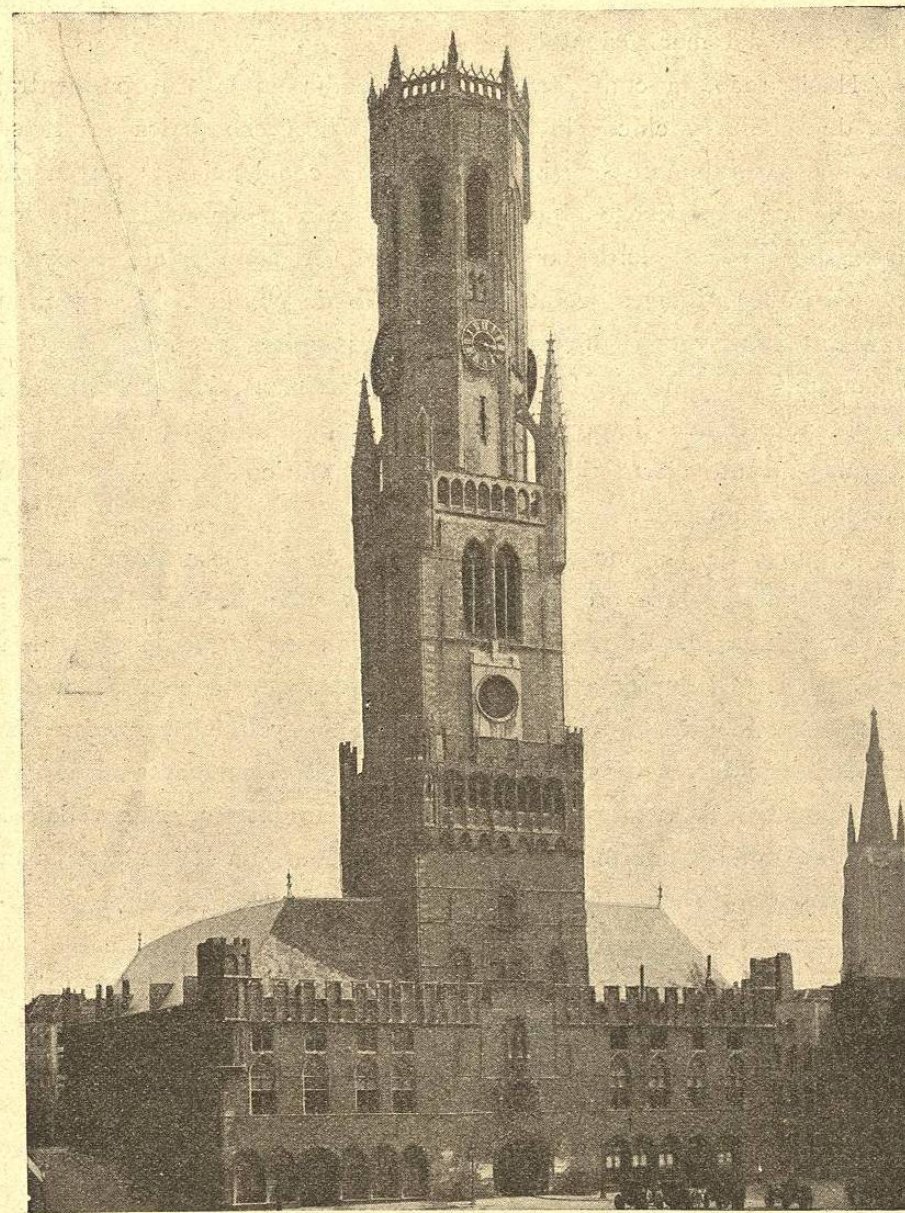
siglo XIII, un texto redactado para uso de los mercaderes enumera más de treinta comarcas diferentes, tanto cristianas como musulmanas, «de las cuales vienen mercancías á Brujas»; ninguna tierra era comparable en tráfico «con la tierra de Flandes»¹. Después de la conquista de Artois por Felipe Augusto, Brujas llegó á ser también la gran ciudad de los bancos á expensas de Arras, reconcentrando en sus despachos todos los elementos del comercio occidental.

Al mismo tiempo que la organización comunal, se desarrollaba un movimiento de federación entre artesanos de una misma industria y participantes en el mismo tráfico. Solicitados por sus intereses solidarios, los mercaderes de una ciudad se asociaban á correspondientes de ciudades vecinas ó lejanas: de ese modo nacía un cuerpo internacional, independiente de las condiciones de lengua, de gobierno y de costumbres. En cada una de las ciudades aliadas por el comercio en general ó por tal especialidad, no teniendo la mayoría de los habitantes intereses comunes, continuaban ignorándose de mercado á mercado, mientras que de una parte y de otra los burgueses de la liga fraternizaban sobre tierra y mar. Esta nueva vía, que penetraba el cuerpo de Europa y creaba para su uso un organismo nuevo, anunciaba un mundo futuro completamente distinto del que se había experimentado hasta entonces, regido por el papa ó por el emperador, por los frailes ó por los barones.

Los primeros orígenes de la Ansa, muy oscuros, remontan al principio del siglo XI. En aquella época, los negociantes de Colonia, asociados á burgueses de ciudades westphalianas, poseían en Londres una factoría privilegiada donde las compras y las ventas se hacían para ellos con grandes ventajas. Después, Lubeck, que llegó á ser la residencia principal de las Dietas y de los Consejos, como también del Tribunal Supremo, tomó parte en las mismas operaciones; alcanzó el rango económico de «Reina de la Ansa», y en el mar Báltico, á la mitad del siglo XIII, la «Wisby dorada», la poderosa capital de la isla Gotland y de todo el «terrial» anseático de la Europa nor-oriental, «donde los cerdos comían en dornajos de plata», llegó á ser el gran depósito del comercio de Alemania

¹ Warnkœnig-Gheldolf, *Histoire de la Flandre*, t. II, p. 516, citada por Pirenne.

con Escandinavia, Finlandia, Ehstonia, Livonia y «Sus Señorías» Pskov y Novgorod. Los «derechos» de Wisby son aceptados como



MERCADO Y TORRE DE BRUJAS

Cl. J. Kuhn, edit.

el código marítimo de todos los navegantes del Báltico. Después, la influencia de los mercaderes de Alemania, domiciliados en las factorías extranjeras, reaccionó sobre la madre patria, y muchas ciu-

dades germánicas se asocian sucesivamente bajo el patronato de San Nicolás y bajo la hegemonía de las dos ciudades de Lubeck y de Hamburgo, centralizando, ésta el comercio del mar del Norte, la primera el del mar Oriental.

Hacia 1250, la confederación comprendía en la Europa central más de setenta y cinco ciudades, cuya alianza económica se transformaba naturalmente en liga política; la conciencia de su fuerza permitía á los poderosos burgueses intervenir en los acontecimientos contemporáneos y expresar su voluntad, frecuentemente apoyada sobre bandas militares reclutadas á precio de compra. En 1362, la flota anseática vengó ofensas comerciales sobre la ciudad de Copenhague, á la que se despoja de sus campanas, y poco después, las ciudades ligadas imponen á Dinamarca un tratado humillante que asegura durante cierto tiempo el dominio político de la Ansa sobre toda la Escandinavia.

Algunas de las factorías extranjeras de la Ansa eran verdaderas colonias, entre otras, unas villas pescadoras fundadas en las islas de Moen, de Bornholm, como también en la península sueca de Escania. El depósito de Bergen, en Noruega, no contaba menos de 3,000 residentes, procedentes de Alemania, y que constituían dos pequeñas repúblicas de empleados célibes. Establecimientos menores se escalonaban á lo largo de las costas en Inglaterra, Países Bajos, en Francia en los puertos de Harfleur, Honfleur, La Rochela y hasta en Portugal. En las llanuras orientales de Europa, la Ansa germánica extendía directamente su imperio sobre las mil asociaciones ó «artelas» de cazadores, pescadores, artesanos de toda especie, fijos, móviles y hasta errantes, que aportaban el producto de su industria á las ciudades de mercado. La Francia del Norte tenía también su «Ansa»: en 1237, una convención de los burgueses de Londres fué dirigida á los mercaderes de Amiens, de Corbie y de Nesle, asegurándoles el tratamiento de comburgueses londinenses en toda Inglaterra, mediante el pago de 50 marcos á los sherifs de Londres para la descarga y la carga de sus mercancías en la ciudad (E. Nys). Pero de todos los burgueses extranjeros que comerciaban en Londres, aquellos de quienes se apreciaba más el crédito y el buen oro *sterling*, eran los Esterlinger ó los «Easterlings» de las factorías anseáticas.

Las ciudades de la Ansa, ligadas para la defensa de sus intereses comerciales, solían considerarse como otras tantas repúblicas

N.º 329. Ciudades de la Ansa germánica.



Las ciudades más distantes del mar eran Breslau (Bu), Erfurt (Er), Andernach (An) y Dinant (Di). — Lubeck, ciudad de imperio en 1226, concluyó en 1241 un tratado de alianza con Hamburgo (H), luego con Soest (So), antes con Brema (B) y toda otra ciudad.

Las disposiciones del Código marítimo de Wisby eran tomadas del Código de Lubeck, de las matriculas de Olerón, de los juicios de Damme y de Westkapelle (Flandes) y de las costumbres de Amsterdam (A), de Stavoren (St) y de Enkhuyzen (En). — (George Blondel.)

independientes de la autoridad imperial y real, sometidas únicamente á la jurisdicción de los magistrados elegidos por ellas; los recintos, las fortificaciones regulares de que como las otras ciudades se habían

rodeado, les defendían contra el señor feudal; deseando la paz para el desarrollo de su comercio, imponían un reposo relativo á los señores feudales y á sus lansquenets. También intervenían en la política de los reinos escandinavos, y desde 1361, fecha de la destrucción de Wisby por un rey dinamarqués, hasta la mitad del siglo XVI, regentaron en cierto modo la Europa del Norte. Pero las divergencias impidieron á la liga desarrollarse en proporción del aumento de los cambios europeos. Careciendo del suelo necesario que hubiera podido servirle de punto de apoyo ¹, quiso, no obstante, conservar el monopolio, reservándosele para siempre por medio de medidas prohibitivas, y hasta quiso limitar, en provecho de las ciudades más poderosas, el número y la importancia de los mercados. El comercio es esencialmente móvil y todas las tentativas hechas para fijarle debían enemistar los intermediarios, obligándoles á buscar nuevas vías. El tráfico se desplazó en gran parte, y la Ansa, herida de muerte, fué pereciendo gradualmente, absorbida por sus vecinas políticas.

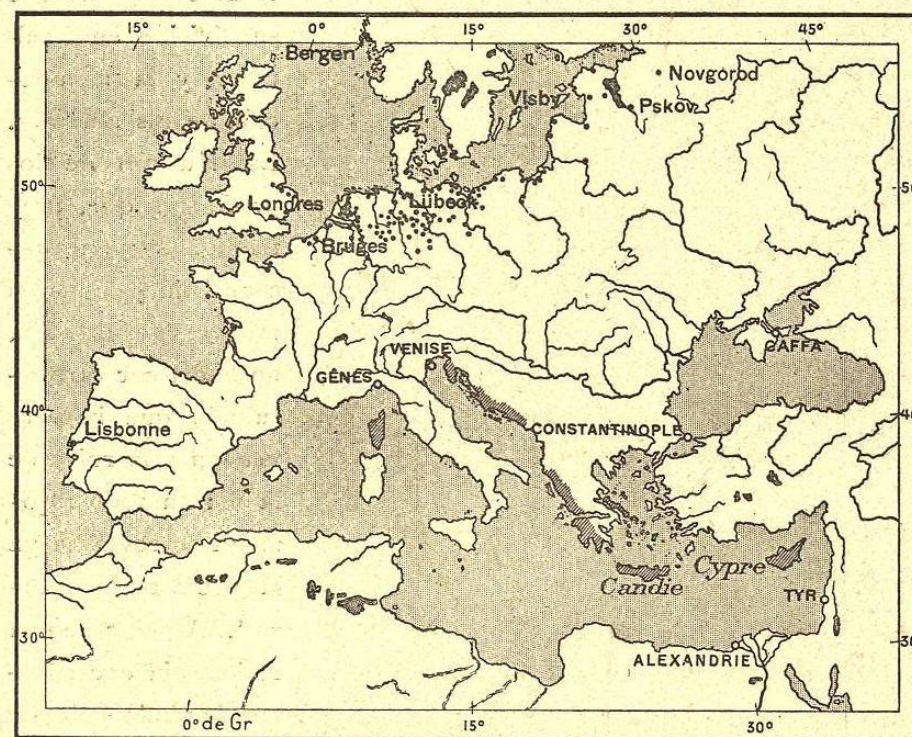
Como lo habían presentado los representantes de la Iglesia, sacerdotes y frailes, cuando lanzaban sus apasionadas maldiciones contra el « execrable » municipio, los burgueses y los artesanos de las ciudades, que se ligaban para la producción industrial y para la venta de sus mercancías, se desprendían forzosamente de la influencia eclesiástica y hasta acababan por serle hostiles. El suelo de los municipios no pertenecía ya más que en una parte mínima á los capítulos ó á los conventos; en algunas ciudades había sido reivindicado por completo; los sacerdotes no gozaban ya de ningún privilegio especial, y cuando se hacían culpables de algún delito habían de comparecer como cualquier otro ciudadano ante los tribunales civiles; los frailes de Brujas no tenían el derecho, como en las otras ciudades de Flandes ó Alemania, de vender su vino bajo las bóvedas de las bodegas, libre del pago de derechos ². Se llegó hasta prohibirles recibir las ofrendas y se les quitó la enseñanza de los niños. Los mercaderes fundaron para sus hijos escuelas laicas, y, por un

¹ Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, p. 46.

² H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, p. 258.

movimiento paralelo al de los municipios, las universidades cesaron de ser lo que fueron en un principio, cuerpos eclesiásticos fundados con la autorización y bajo la bendición del papa, como los obispados y los conventos. Gracias á la herejía, al espíritu de libertad, se

N.º 330. La Ansa y Venecia.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil

Los puntos negros representan las ciudades y factorías de la Ansa germánica; los puntos abiertos indican las ciudades que traficaban especialmente con Venecia y Génova.

Los territorios rayados son las posesiones territoriales de Génova, Córcega y las de Venecia (Chipre, Candía, Negroponto, litoral dálmata y griego).

alejaron de su objeto principal, que fué enseñar en primer término las cosas del orden sobrenatural, las « verdades de la revelación », no tratando las ciencias del orden natural sino en sus relaciones de subordinación á la teología, señora universal del saber.

Pero el burgués, aunque conservando todavía la fe ó la ilusión de la fe, trataba de conciliarla con la razón, ó con su buen sentido

práctico de las cosas. Una primera universidad se abrió en Bolonia (1119), como continuación de una escuela de Derecho, fundada en 425 por Teodosio II; después se crearon rápidamente otros centros en Italia, en Francia, en España, en Inglaterra, en las márgenes del



Cl. Giraudon.
ESCENAS DE LA VIDA DE LOS ESCOLARES PARIENSES
(Catedral de París, siglo XIII)

Danubio y del Rin, todas semejantes por su división en facultades y la agrupación de los alumnos. La ilusión de los profesores que, pretendiendo permanecer cristianos, querían mostrarse filósofos, no podía dar otro resultado que la perversión y la ruina de la fe: en todo razonador se revelaba ya el protestante futuro¹. A pesar de una resistencia encarnizada, la influencia de Aristóteles acabó por dominar sobre la de San Agustín: pronto no hubo fraile bastante ignorante para

atreverse á sostener que la tierra era plana; todos los alumnos salidos de las universidades habían aprendido de los Griegos y de los Arabes que era redonda.

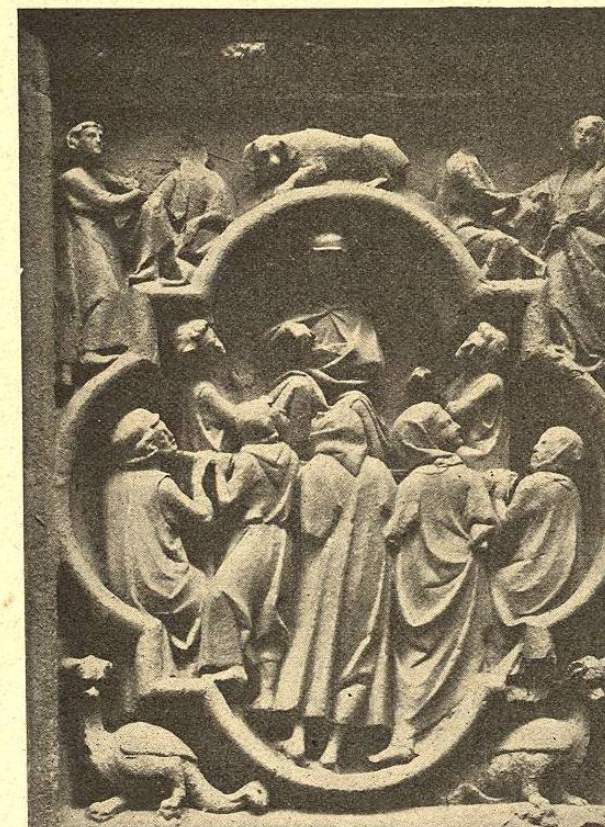
Bajo ciertos aspectos, las universidades de la Edad Media eran corporaciones libres, independientes las unas de las otras y del Estado. Podían, pues, reivindicar con dignidad sus privilegios y

¹ Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Enero 1897, páginas 32, 34.

libertades contra los príncipes y sus mandatarios; pero por la teología, de que todas las otras ciencias eran no más que servidoras, se consideraban como constituyentes de una parte de la Iglesia, aunque parcialmente fueran rebeldes. Los estudiantes eclesiásticos eran en ellas mucho

más numerosos que los otros, porque en la jerarquía episcopal era donde las ambiciones tenían más probabilidad de poder satisfacerse, y en ese sentido obraba el fenómeno de «capilaridad social» descrito por A. Dumont en los otros dominios. Como en la Iglesia, las universidades estaban abiertas á todos: lo mismo recibían mendigos, que canónigos y príncipes; estaba perfectamente admitido que los estudiantes recurriesen á la mendicidad ó al trabajo manual para

subvenir á sus necesidades; una multitud de escolares vivía como servidores de escolares ricos, aunque gozando oficialmente de las mismas prerrogativas fuera de la universidad. Pero en el Estado distinto que constituía el vasto organismo de la Escuela, con sus costumbres, sus leyes y su voluntad divergente, no dejaba el favor, como en todos los demás Estados, de gravitar hacia los grandes y poderosos. Por lo común, el rector protegía sus alumnos contra el burgués, pero ejercía sobre ellos un poder absoluto, en lo espiritual como en lo temporal.



Cl. Giraudon.
ESCENAS DE LA VIDA DE LOS ESCOLARES PARIENSES
(Catedral de París, siglo XIII)

La gran ventaja de las universidades de la Edad Media consistía en que no estaban roídas por la rutina que impone la centralización: respecto de este punto se acercaban al ideal acariciado por los pensadores mucho más que esas escuelas de nuestros días, en que se adiestran y marcan los jóvenes diplomados para el combate de la vida. Así las profesiones de maestros y de discípulos no eran esencialmente distintas, sobre todo en la Facultad de filosofía, generalmente designada con el nombre de «Facultad de los artistas», donde los estudiantes se instruían mutuamente, de manera que tal miembro de la asociación que conocía perfectamente una rama de la ciencia, la enseñaba á sus compañeros, para sentarse á su vez sobre los bancos de los auditores cuando otro alumno le reemplazaba en la cátedra para otro curso¹. Hombres de todas edades estudiaban juntos, porque las universidades no eran entonces simples fábricas de doctorados, y muchos estudiantes proseguían indefinidamente sus investigaciones en el medio de saber que les convenía, sin verse obligados á obedecer la impéiosa obligación de crearse rápidamente una carrera. Por último, las universidades tenían un carácter esencialmente internacional, como la Iglesia; pertenecían, no á tal ciudad ó á tal distrito, no á un pueblo, sino á todo el mundo culto, y los alumnos, agrupados en «naciones», hallaban una patria común en la grande Escuela donde las ideas pertenecían á todos. Es uno de los rasgos más amables de ese período de la Edad Media, ese espíritu de cordial fraternidad con que se trataban los miembros de la gran familia de los que buscaban el saber. Tenían clara conciencia de que formaban entre sí una gran república, débil por el número, es cierto, pero estrechamente unida por el sentimiento de un ideal común.

De ese modo, sobre el terreno de la ciencia, la sociedad laica y burguesa trabajaba incesantemente para desprenderse del yugo real de la dominación eclesiástica; el dominio del espíritu le pertenecía por derecho de conquista como el de los oficios, del tráfico y de las artes. Pero el derecho que da la fuerza no estaba siempre

¹ Jean Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen Age*, p. 74.

de su parte en sus luchas contra la nobleza, de cuya opresión quería librarse; las ambiciones de los hombres, alimentadas por la envidia y el rencor, productos de la desigualdad social, hacían renacer constantemente la aristocracia, hasta cuando parecía vencida. Como las repúblicas italianas, las ciudades flamencas tuvieron que sufrir alternativamente la dominación del «pueblo flaco» y la del «pueblo gordo». Las gentes de los linajes ó *geslachten*, los patricios, llamados también los «hombres heredables», trataban de acaparar todo, el suelo, los capitales, las funciones y los títulos. Hasta cuando las gentes del pueblo no osaban rebelarse directamente contra ellos, á lo menos se enardecían para negarse á trabajar, las huelgas ó *takehans* se sucedían unas á otras muy numerosas, y hasta se vió al principio del siglo XIII agruparse las ciudades manufactureras en una especie de ansa para defender los intereses de los patronos contra los obreros turbulentos ó sospechosos. En el seno de los municipios se hallaba latente la «lucha de clases», como en nuestros días en todas las naciones industriales. La gilda mercantil ó manufacturera era una ruda señora respecto de los artesanos, y tenía gran cuidado de impedir á los pobres esa emancipación que, para sí misma, le había parecido tan legítima. Los obreros estaban estrechamente vigilados por espías especiales, designados en Flandes bajo el nombre de *eswardeurs* (mirones). Los agentes de la gilda tenían el derecho de entrar á toda hora en todos los talleres, «porque la inviolabilidad del domicilio, proclamada por las cartas urbanas, no existía para el taller». Se excitaba la delación, atribuyendo una parte de la multa al denunciante, y para que la vigilancia fuese más fácil, se obligaba al obrero á trabajar á la vista de los transeuntes, á su ventana ó ante su portal¹. Como consecuencia, cada divergencia civil encontraba en seguida bandas armadas entre los obreros descontentos. Los combates ensangrentaban con frecuencia las calles de Brujas, de Gante, de Ipres y de Doai; todo pretexto, toda ocasión renovaba el conflicto.

Los municipios de la Edad Media, cualquiera que fuese su superioridad sobre el régimen feudal, contenían, pues, en sí mismos, el germen de su propia muerte. Hubiesen podido durar mucho

¹ H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, ps. 255, 256.